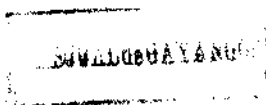


**EL CENSOR,**  
**PERIÓDICO POLÍTICO**  
**Y LITERARIO.**

---

**TOMO XII.**



**MADRID, 1851.**

**En la imprenta del Censor, por D. Leon**  
**AMARITA.**

# EL CENSOR,

PERIÓDICO POLÍTICO Y LITERARIO.

---

N.º 68.

SABADO, 17 DE NOVIEMBRE DE 1821.

---

*De los odios nacionales y políticos.*

---

Si buscamos el origen de los odios nacionales, consignados en la historia, se verá que no ha sido otro, sino la ambicion de los príncipes y gobernantes. El de Roma y Cartago, tan célebre en los fastos de la antigüedad, y que sirve como de proverbio á todos los que le han sucedido, no provino sino de la ambicion de dos senados y dos pueblos soberanos, que aspiraban al dominio del universo. Aquellas dos repúblicas rivales no empezaron á aborrecerse, sino cuando los romanos, habiendo subyugado la Italia, pasaron á

Sicilia. Antes de esta época eran amigas, y habian celebrado ya dos tratados solemnes de comercio y navegacion. Del mismo modo fueron amigas Castilla y Francia, hasta que la Italia fue el teatro y la víctima de la ambicion de entrambas coronas. El odio de Francia con Inglaterra, que es el mas notable y duradero de la historia moderna, empezó en la conquista de aquella isla por Guillermo, duque de Normandía, se continuó con las mútuas pretensiones de ambos reynos, y penetró hasta la edad presente por los celos mercantiles, propios de dos naciones casi igualmente sábias é industriales. En el momento presente, en que ambas temen á la Rusia, se empiezan á notar algunos síntomas de reconciliacion de parte de Inglaterra: pues en cuanto á la Francia, hace ya muchos años que han cesado en su pueblo, el mas civilizado del orbe, todo resentimiento, toda aversion hácia otras naciones, aunque sean aquellas, de las cuales ha recibido mas injurias.

En efecto, basta hacer una sencilla reflexion para adquirir ideas y sentimientos moderados en esta materia. Cuando una nacion recibe injurias de otra, es de su go-

bierno y no de su pueblo de quien las recibe. Habo un tiempo, en que los españoles, victoriosos desde las costas de Africa hasta las márgenes del Elba, causaron innumerables calamidades á la Europa. ¿Y por ventura era el pueblo español la causa de aquellos males? No: era la víctima. La ambicion del gabinete de Madrid, haciendo desgraciada á la nacion española, privandola de su poblacion y de sus riquezas, la hacia á su pesar cómplice del infortunio general. Lo mismo deberemos decir de la Francia bajo Luis XIV y bajo Napoleon, de la Suecia bajo Carlos XII, en fin de toda nacion conquistadora que es el instrumento de la ambicion de su gobierno. ¡ Ah! todos los pueblos son naturalmente hermanos: si se degüellan, si se aborrecen, si el odio cunde por siglos y generaciones, culpa es de los gobernantes.

En este siglo ilustrado no es tan facil contaminar los pueblos con los odios religiosos ó nacionales. Es un principio de liberalismo el amor universal de los hombres, el cual, mejor conocido en la Europa culta que lo fue en Grecia y en Roma, ha mejorado el bárbaro derecho de

la guerra, ha unido las naciones con los lazos de la industria, del comereio y de las ciencias, aun enmedio de una guerra devastadora, y va convirtiendo poco á poco todo el mundo civilizado en una sola familia. Si es locura, aunque locura propia de un hombre de bien, esperar la época de la paz perpétua y universal, no lo es esperar la época en que las guerras sean de corta duracion, y en que sus calamidades se reduzcan á la centésima parte. La ilustracion, el gusto de las ciencias y las artes, las sociedades sábias que admiten en su seno á los extranjeros beneméritos, y hasta los mismos gozes del lujo han empezado la grande obra de la concordia de los pueblos. A la libertad toca el completarla. Cuando todas las naciones hayan obtenido la parte que les corresponde en el gobierno y en la administracion, cuando todas las operaciones de los gobernantes sean la espresion y el resultado del voto nacional, entonces la paz universal de Europa será pocas veces perturbada.

En efecto, no estamos ya en aquellos siglos en que la ambicion es un sentimiento nacional y patriótico. Atenas y

Esparta aspiraban á dominar en la Grecia: Roma y Cartago en el mundo. En la actualidad ninguna nacion europea aspira á mandar sobre las demas, como no la aguijonee la ambicion de sus gobernantes absolutos. Los ultras de París que han dicho que la revolucion francesa se *personificó* en Napoleon, han dicho un gran desatino bajo forma epigramática. Ningun elemento de la verdadera revolucion francesa existia, cuando Napoleon se apoderó del poder supremo; ni este encontró sino las ruinas de la anarquia ó los ridiculos castillos que sobre ellas fundó la inmoralidad imbécil de los directores. Tenia mas genio y mas prevision que ellos, y le fue facil sustituir su ambicion *restauradora* á los furores del jacobinismo y á los mezquinos planes de los Barrás. La Francia le aplaudió mientras se contentó con defenderla y pacificarla; la Francia calló cuando le vió atacar á la Europa para encadenarla al carro de su triunfo.

Las potencias se arman para libertarse de su yugo; se aprovechan de las casualidades y de los desaciertos. Todos los pueblos de Europa se ligaron entonces con la diplomacia para abatir al coloso ame-

nizador, y se vió entonces la democracia marchar alegre y contenta bajo las banderas del despotismo debil para derribar al despotismo poderoso.

Toda la Europa aplaudió su triunfo: todas las naciones celebraron el día de su libertad: todos los pueblos dieron á los soberanos de la santa-alianza los títulos pomposos de defensores de la independencia comun. Pero apenas las ambiciones particulares empezaron á desunir los que el peligro comun habia unido; apenas los gabinetes manifestaron que no se contentaban con su libertad, sino que además querian lograr por fruto de la victoria el aumento de su poder en estension y en fuerza; apenas hubo despojados y despojadores, los pueblos separaron su causa de la de los príncipes, y manifestaron con su disgusto que ellos no se habian armado para aumentar el poderio y la gloria de diez ó doce familias, que se decian soberanas, sino para cimentar la independencia y seguridad europea. Los congresos de Viena, de Aquisgran, de Carlsbad, de Troppau y de Laybach no han merecido la aprobacion de las naciones, como la mereció la última coalicion con-

tra el imperio frances.... ¿Por qué? porque entonces se trataba de una operacion europea y necesaria, y en las últimas reuniones de los principes solo se han ventilado los intereses de los gabinetes, casi siempre en oposicion con los de los pueblos.

La diferente actitud, ya de alegria, ya de desconfianza, que ha manifestado la Europa en las distintas operaciones de la diplomacia, prueba que ya ha llegado el tiempo en que las naciones no quieren sacrificar su sangre y sus tesoros por el engrandecimiento y las miras ambiciosas de sus gabinetes: que ya no se miran las conquistas como un verdadero aumento de poder, y que ningun pueblo funda la gloria ni la felicidad propia en el ageno infortunio. Los pueblos libres de la antigüedad pudieron engrandecerse por medio de las invasiones; y aun de esa manera compraron la gloria funesta de las armas al precio de la libertad. Pero los modernos mas civilizados, mas ilustrados, mas inaccesibles á los resentimientos nacionales de odio ó de venganza, no encuentran ninguna ventaja en la ruina de sus hermanos.



Todo esto prueba hasta la evidencia, que cuando toda Europa sea libre cesarán las guerras de ambicion, proscritas ya por la política y sentimientos de los pueblos, y amadas solamente de la diplomacia aristocrática, que es siempre la que toma mas parte en el botin. Se cerrará pues uno de los manantiales mas fecundos de odios nacionales; porque no hay mayor aborrecimiento que el que reyna entre los que aspiran á la tirania y los que defienden su independendencia.

Los escritores políticos, que por su desgracia estan infestados del contagio de Hobbes, y tienen formada una idea muy triste del género humano, creen que no es posible cegar las fuentes de sus calamidades; y que cuando la filosofía y la prudencia cierran alguna, el genio del mal que dirige las cosas de la tierra, abre otras mas abundantes. Alza respirando la Europa de los males que la oprimian bajo la anarquía feudal, y vinieron las guerras de religion á abrir un abismo mas profundo y espantoso que los parciales y mezquinos combates de los barones. Cesó en fin el fanatismo de sacudir su antorcha sobre los pueblos europeos: los intereses mercanti-

les crearon otra especie de lid mas terrible y aun mas vergonzosa para el hombre; pues emplea toda su inteligencia en crear máquinas con que atravesar los mares para ir á degollarse con su hermano á la otra estremidad del universo. No hay remedio: si pudiesen en un dia todos los instrumentos de muerte que la naturaleza y el arte proporcionan, el hombre emplearia todos los recursos de su genio en inventar otros mas seguros y bárbaros."

No ignoramos que en estas amargas reflexiones hay mucho de cierto; y que el hombre que por su inteligencia casi se acerca al angel, es muy inferior á las mismas bestias cuando se entrega á la tirania de sus pasiones. Estas, tampoco lo ignoramos, son su herencia; y rara vez dominador de ellas, tendrá que obedecerlas durante casi todo el curso de su vida. Estas verdades morales, por ser vulgares, no son menos ciertas. Sin embargo, el hombre filantrópico debe encontrar consuelo y esperanza en esta perfeccion indefinida que van adquiriendo las artes de la civilizacion, á pesar del choque de los intereses y del tumulto de las pasiones. Se puede decir que cada ciencia destruye una fuente de ca-

lamidades. Sirvan de ejemplo las guerras mercantiles. Hubo un tiempo en que se creyó que la prosperidad mercantil de Francia y de España era funesta á los intereses de la Gran Bretaña, y que no era posible que esta floreciese sin arruinar el continente occidental de Europa. De aquí tantas guerras injustas: de aquí la continuacion del antiguo odio entre franceses é ingleses, á pesar de haber cesado siglos hace las pretensiones que le dieron origen: de aquí las batallas navales, ruinas de colonias, muchos laureles navales, muchas atrocidades y perfidias; y ¿para qué? todas han sido crueldades inútiles. La economía política enseña en el día á cualquier joven, que la prosperidad del comercio de una nacion depende esencialmente de la prosperidad de las demas; y que si la Inglaterra lograse destruir enteramente á la Francia y á la España, no tardaria ella misma en seguir las al abismo. Descubrimiento tardío, es verdad, con respecto á los males que ya ha causado el amor del monopolio mercantil; pero muy precioso con respecto á los males que evitara en lo sucesivo.

La Europa yacia en las tinieblas de la ignorancia supersticiosa. El hombre creia

rendir un digno culto á su hacedor, sacrificándole víctimas humanas. Adonde quiera que veia á su hermano invocar al cielo con otros ritos, con otras oraciones y bajo otros vestidos que los que él habia recibido de sus mayores, allí juzgaba que debía dirigir la bala y el puñal, para vengar al cielo irritado, y castigar el error con los suplicios debidos al crimen. Vieronse entonces las naciones moverse contra las naciones, los reyes proscribir á los pueblos en masa, los pueblos alzar cadalsos ó afilar puñales para sus reyes, y aumentarse las atrocidades del género humano con los furores del odio religioso. En unas partes la guerra civil: en otras, para impedirla, el sanguinario tribunal de la inquisicion: aquí la cuchilla de la ley segando á millares los cuellos de las víctimas: allí las hogueras encendidas con la pompa del triunfo: mas allá la sedicion cubierta con la máscara del fanatismo y armada de su antorcha funeral.

¿Quién dió fin á tantos males? ¿quién terminó tantas calamidades? ¿quién estinguíó tan sagrados furores? ¿quién apagó tamañó incendio? La dulce, la consoladora filosofía: Esta sublime ciencia restituyó

á la religion su vestidura de paz y de caridad, despojándola de las armas ensangrentadas, que á su pesar le habian vestido la ambicion y la hipocresía: liizo ver á los hombres, que si no era posible hacer que todos opinasen de un mismo modo acerca del grande y escondido arcano de sus esperanzas futuras, era posible al menos que hiciesen en paz y tolerandose mutuamente la corta peregrinacion de la vida: que las armas de la verdad no eran las de la ambicion y de la violencia: que ni la espada ni la ley pueden nada, contra el santuario del pensamiento; y que en fin la sociedad no se ha fundado para vengar al cielo, sino para vivir tranquilos en la tierra. Manifestó ademas que las guerras de religion, tan funestas y calamitosas para la masa total, solo eran utiles para los dogmatizadores, cuyo poder, influencia y riquezas se aumentaba con los mismos infortunios del mundo social. Los pueblos se desengañaron y tiraron lejos las armas religiosas para no volver á empuñarlas.

En efecto, solo existen ya en Europa dos naciones capaces de emprender *por sí mismas* una guerra de religion, que son los rusos y las turcos. Estos últimos, que ni

son ni serán nunca una nacion europea mientras no renuncien el dogma de la intolerancia, tienen por principio religioso y civil, que el *infel* no pueda gozar los derechos de ciudadanía, es decir, no puede ser individuo de la nacion dominante, ni aspirar á destinos, ni estar libre de tributos vergonzosos etc. Con este principio, y con el dogma religioso que les dejó Mahoma, *de conquistar la tierra para Dios*, no les falta mas que el poder y ocasiones favorables para continuar la conquista de Europa. Aquel imperio es ya decrepito: cualquier nacion europea le escede en fuerzas; por consiguiente no es probable que llegue el caso de que vuelva á amenazar como en otro tiempo la independencia europea; pero en sus principios está el hacerlo *siempre que puedan*: que no lo olviden los gabinetes cristianos.

En cuanto á los rusos, su situacion es diferente. La civilizacion hace entre ellos rápidos progresos; y si la diferencia de religion es capaz de empeñarlos en una guerra contra los turcos, no tanto seria en odio del mahometismo, como en odio de la intolerancia musulmana. Ven á los griegos sus hermanos, y aun sus padres en mate-

ria de religion, sometidos, vejados, oprimidos por un pueblo bárbaro; y se indignan de tanta crueldad. Si los griegos gozaran en Turquía de los bienes y derechos que todo hombre goza en la Europa civilizada, la diferencia de religion escitara muy poco el odio de los rusos, asi como no lo escita la diferencia de cultos que hay entre ellos, y los católicos y protestantes del occidente.

Vemos pues que las artes de la civilizacion han ido sucesivamente cerrando todas las fuentes de odios nacionales que la ignorancia de los siglos bárbaros y el semi-saber fanático de los primeros siglos de luces habia abierto en Europa. La diferencia de opiniones políticas que armó toda la Europa contra la Francia en los principios de su revolucion, ya no existe. Es verdad que los gabinetes se arman en todas partes contra los principios liberales; pero las naciones no toman interes alguno en los resentimientos de sus diplomáticos. Todavía se pueden oponer en Europa astucias, oro y bayonetas al liberalismo; pero no el clamor del mundo civilizado, como en la revolucion francesa. ¡Tan inconcusas, tan firmes, tan inespugnables son ya las basas de la libertad!

Destruídos los odios nacionales, los religiosos, los de ambicion y los de comercio, no preveemos ningunos nuevos motivos de aborrecimiento, que turben la faz de la Europa, siempre que se les conceda á las naciones influencia en los gobiernos por medio del régimen representativo. Y si contra toda esperanza y prevision, el genio del mal hallase nuevos medios de introducir la discordia, inventando nuevas palabras ó nuevos intereses que malquisten entre sí á los pueblos europeos,

«¿Es por ventura menos poderosa  
Que el vicio la virtud?»

¿No deberemos esperar que los progresos del saber, el escarmiento de los siglos pasados y la propagacion de los sentimientos humanos, que es consiguiente al aumento de las luces y de la industria, hagan que se sofoquen en su nacer los gérmenes de las discordias futuras? Todos detestan la guerra, y si hay guerras en el mundo, es porque no son bastante conocidos todavia los medios de estirparla, y porque aun son fuertes las pasiones feroces. El género humano tiene en el dia una propension irresistible á cal-



mar las pasiones funestas y á buscar á toda costa los medios de mantenerse en paz, que es la única garantía de los placeres sociales.

Hablemos ya de otros odios no menos funestos que los nacionales, porque ensangrientan los pasos que dan los pueblos hácia su reforma: hablamos de los odios políticos, es decir, de los que se juran unos partidos á otros en tiempo de revolucion. Estos odios son fuertes y terribles, y á veces ni la misma muerte los sacia. Son como los religiosos: cada partido no ve la patria sino en su mismo seno, así como cada secta no cree que *hay cielo* sino en su creencia: el fanático religioso inmola víctimas para vengar á Dios: el fanático político no levanta la hacha ó el puñal sino para vengar la patria. ¡Impios! Ni Dios se complace en la ruina de los hombres, ni la patria en la sangre de sus hijos.

La patria no reconoce mas enemigos que los infractores de las leyes, que ella misma ha establecido para su bien y seguridad: á estos prende, á estos juzga, á estos condena por el ministerio de la ley, no para satisfacer furores, odios ni ven-

ganzas; sino llorosa y doliente, porque se ve obligada á destruir un hijo suyo. Los partidos obran de una manera muy diversa. Empiezan diciendo: *yo soy la patria*; y despues para probar que mienten, esclaman: *mueran los que no piensen como nosotros*. ¡Ah! si fuera posible que algun partido fuera la patria, seria el que tratase de conciliarse todos los demas, no el que quisiese esterminarlos.

La patria es la reunion universal de los ciudadanos bajo la garantia de las leyes. Nadie negará esta definicion; porque es comun á todos los gobiernos existentes y posibles, escluye las sociedades y familias aisladas, y esplica el origen del afecto, conocido con el nombre de patriotismo, que es no solo el amor á los individuos, sino tambien el amor á las instituciones políticas que rigen la sociedad. La patria de los españoles no es solo el territorio de España y los individuos que le habitan, sino tambien la Constitucion que nos liga á todos, y que todos hemos jurado.

Entendido bien este principio, la patria no reconoce partido ninguno. Es imposible, principalmente en los tiempos de una reforma política, que todos los ciu-

dadanos opinen de una misma manera acerca de los negocios públicos y de los hombres puestos al frente de la administracion. Las pasiones privadas suelen aumentar la divergencia de las opiniones. Los partidos se forman y se coordinan segun las clasificaciones de la opinion, y entonces empieza la lucha constitucional: lucha laudable, porque á cada ciudadano debe ser permitido emitir su opinion y probarla: lucha útil, porque de esta discusion resulta forzosamente que se ilustre el pueblo y el gobierno, y que los representantes y los agentes del poder adopten los sistemas que la razon en juicio contradictorio presente como mas útiles al bien de la patria. La ley permite y aun promueve la discusion, tanto para asegurar la libertad del pensamiento, como para oír las razones y argumentos de todos los partidos; y la nacion, sin aborrecer al que yerra, ni mostrar una predileccion insultante al que acierta, adopta ó rechaza las opiniones. Este es el carácter verdadero y la esencia de las disputas constitucionales. Los que las sostienen, todos son igualmente hijos de la patria. La ley los protege á todos igualmente en su persona y en sus bienes. Por

eso hemos dicho que la patria no reconoce *partidos*.

Oye tambien, admite y califica las opiniones políticas mas encontradas, porque sabe que el *error no es un delito*. La misma tolerancia que reclama la filosofía del siglo para los errores religiosos, la misma y con mas fuerte razon debe reclamar y reclama para los políticos. Una opinion, sea cual fuere, es inocente: tambien lo es su publicacion, porque la ley la permite y autoriza. Hasta aqui no hay delito. Este no comienza sino desde el momento que un ciudadano, arrebatado del deseo de hacer triunfar su opinion, infringe alguna ley. Este es el punto de separacion del bueno y del mal ciudadano, del patriota y del faccioso, de la opinion y el crimen.

Los principios que hemos sentado hasta ahora, son conformes al espíritu y la letra de la Constitucion española; lo son á las máximas de los mas acreditados publicistas; lo son á los sentimientos que inspiran la humanidad, el patriotismo y la filosofía; lo son en fin á las lecciones y escarnimientos de la historia. Abranse los anales de todos los pueblos, y se verá que las proscripciones en masa, prodigadas por el

partido dominante contra sus impugnadores por causa de opiniones políticas, han sido siempre funestas á los pueblos.

Siendo esto así, ¿no parece que ya es tiempo de acabar con los odios políticos? ¿Qué razon hay para que el ciudadano aborrezca al ciudadano, solo porque opinan de diferente modo? ¿No es posible que los hombres discutan los intereses públicos con solas las fuerzas de la razon? Y sin embargo, ellas solas deben emplearse en aquel objeto, porque la política no es mas que una especie de aritmética: Bentham, el mas liberal de los publicistas modernos, lo ha dicho. Haya enhorabuena valor, haya energia, haya vigor en las espresiones cuando se sostiene ó se cree sostener la verdad; pero ¿odio, rencor y execración contra los que nos impugnan? O tienen razon, ó no: si lo primero, debemos ceder: si lo segundo, debemos compadecerlos, y presentar nuestros argumentos con tanta claridad y evidencia, que ó se convengan ó enmudezcan.

Nosotros comprendemos que un hombre cuando sostiene una opinion y cree que es verdadera, se puede tener por mas

habil, por mas instruido que sus adversarios: que puede mirarlos como atletas de menos fuerza, ó como á hombres empeñados por espíritu de partido en una mala causa. Todo esto es posible. Pero que llegue el orgullo á tal punto que yo crea indigno de mi amor y digno del anatema y execracion general al que no opina como yo en una ciencia tan delicada y difícil como es la política, esto verdaderamente es incomprensible, y no se podria explicar, si no se supiese hasta qué punto llega el furor del espíritu de partido.

Todo hombre desea naturalmente que sus ideas logren la preferencia y se pongan en ejecucion. El hombre racional sufre las objeciones, responde á ellas, arguye, discute; y si la mayoría de la nacion es contraria á su opinion, obedece. No así el partidario: este no gusta de tener razon, sino de triunfar: no espone sus *ideas*, sino sus *pasiones*: no arguye, sino calumnia é insulta: no discute, sino amenaza: no aspira á convencer, sino á esterminar. ¿Por qué todo este furor? Porque odia: y la lógica del odio no puede ser en ningun caso la de la razon.

Se puede calificar con exactitud y se-

guridad entre dos partidos políticos cuál es el que tiene razon, examinando de qué temple son las armas de que se valen para defenderse ó impugnarse. Si de una parte se ven los argumentos, la moderacion y la costumbre de no asentar proposicion ninguna sin probarla, y de otra los insultos y las amenazas; si los unos miran á sus contrarios como conciudadanos suyos é hijos de la misma madre patria, y estos tratan á los primeros con crueldad é indecencia, el hombre imparcial no necesita de mas para decidirse. Las armas de los primeros son las del error, las del segundo las de la verdad. En las disputas humanas no se usa de la pasion sino cuando no hay razones.

¿Hablarémos aqui de la lid de los periódicos que ciertas almas niezquinas y pobres de ideas y sentimientos generosos han querido convertir en una lucha innoble de gladiadores... ¿Qué miseria! ¿Es eso lo que llaman ilustrar la nacion? Un periodista se toma la libertad que le concede la ley de censurar algun acta del ministerio: al punto se levantan mil gritos, no para probar que su censura es injusta, sino para decir, sin probarlo tampoco, que está pagado por la santa-alianza, que es enemi-

go de la nacion, que es cómplice de los conspiradores etc. etc. Escritores parciales y ciegos, probad primero que no tuvo razon, y despues acusadle ante los tribunales de los crímenes que le atribuíis.

El mismo periodista toma en otra época la defensa del orden público, y manifiesta que tales y tales acciones son contrarias al orden constitucional, y contribuyen á la ruina de la libertad, arrojando á la nacion en el precipicio de la anarquía: mil y mil gritos se levantan contra él, no para probar que sus terrores son vanos, que aquellas acciones son lícitas y permitidas, sino para decir que está sobornado por el ministerio, que quiere destruir las libertades públicas, que debe morir á manos de los patriotas etc. etc. Escritores parciales y ciegos, probad primero que no tuvo razon: lo demas que añadís nada prueba, sino que vosotros no sabeis mas que aborrecer. La infalibilidad á que aspirais, es la de la Inquisicion. Esta decia, ó *pereced* ó *callad*. Lo mismo decís vosotros.

Si vuestros adversarios no tienen razon, ¿por qué pretendéis hacerles callar con amenazas é insultos? El liberalismo es el imperio de la verdad y de las ideas: vosotros



quereis destruir la libertad del pensamiento, que es la mas sagrada de todas; ¡y luego os proclamais por liberales! Sabed que solo la ley tiene derecho de imponer silencio en el régimen constitucional, bajo el cual vivimos; y que usurpar este derecho, es ponerse en lugar de la Constitucion.

Tales son los funestos efectos del fanatismo político. Mientras no se establezca por máxima moral y civil la tolerancia de las opiniones en materias de administracion, asi como ya está admitida por toda la Europa culta en materias religiosas; mientras los hombres que siguen determinados principios, se crean obligados á detestar, á maldecir, á perseguir á los que profesan una doctrina diferente ó contraria, no puede hacerse la regeneracion política de un pueblo; porque un pueblo no llega á reformarse sino cuando todos los ciudadanos gozan de las garantías sociales. ¿Y qué garantía puede haber, si se tiene por lícito y por laudable perseguir á los ciudadanos tranquilos y sumisos á las leyes, solo porque no opinan del mismo modo que los que ocupan el pináculo del poder, ó se creen llamados á ocuparlo?

No hay que disculpar con el velo del

patriotismo semejantes persecuciones, porque el patriotismo verdadero no lanza sus rayos sino contra los enemigos de la patria: es decir, contra los infractores de las leyes que la patria ha jurado: y el ciudadano que dice libremente su parecer en un pais libre, no infringe ninguna ley, antes cumple con el espíritu y la letra de la Constitución. Ni hay que decir que las doctrinas son *sofisticas, erróneas, perniciosas*: no se diga esto, como de paso, para zaherir las personas: pruébese una vez, y se escusarán los insultos y las calumnias.

El mundo está ya demasiado instruido para que se engañe sino aquel que quiere engañarse. Adivinar las intenciones, penetrar los designios y examinar los secretos es un arte conocido de todos los que frecuentan el foro de una nacion. Los insultos y las calumnias pasan, y la verdad y las razones permanecen. Todos los lugares comunes de difamacion estan ya agotados: ya fastidian á los lectores: verdades y lógica es lo que todo el mundo desea.

El objeto de este artículo ha sido probar que el odio, ya de nacion á nacion, ya de creencia á creencia, ya de partido á partido, destruye y no edifica; y por consi-

guiente, que un pueblo como el español, en que tanto hay que edificar, no debe admitir odios de ninguna especie, sino oír tranquilamente las diversas opiniones y doctrinas, y decidirse por medio de sus representantes á favor de las que le parezcan mas racionales. Sobre los delinquentes cayga la cuchilla de la ley. Sobre los que yerren en sus opiniones la improbacion de estas mismas, único castigo que puede darse con justicia al que se vale de la libertad de la ley para publicar sus doctrinas.

Los redactores del *Censor* que hacemos profesion del liberalismo adoptado por la nacion española en la Constitucion de Cadiz, hacemos tambien profesion de no aborrecer á los que sigan doctrinas opuestas á las nuestras. Nos contentaremos con rebatirlas, como hasta aqui hemos hecho, ya con las armas del raciocinio, ya con una especie de sátira que recayga, no sobre las personas, sino sobre las cosas mismas y los mismos abusos que queremos combatir. Será posible que erremos, porque no aspiramos á la infalibilidad; pero así como nos valemos de la razon para apoyar nuestras doctrinas, exigimos, que no los dictérios, sino la razon misma sea la que nos mani-

fieste que nos hemos equivocado. Pero si á pesar de esta profesion, nuestros adversarios continuan con la misma táctica que hasta aquí, ó por no saber otra, ó por no querer estudiarla, esperamos que la nacion, á cuya presencia escribimos, sabrá apreciar la paciencia necesaria para oír diariamente insultos, y el valor necesario para arrostrar los peligros con que nos amenazan. Estamos ya en aquella época de la vida en que el hombre estima su reputacion sobre todas las cosas; y es vil el escritor que no por conviccion sino por miedo ó por interes varia de principios.

## TEATROS.

*Don Gil de las calzas verdes: comedia de*  
Tirso de Molina.

---

Don Martin, caballero de Valladolid, y amante demasiado favorecido de doña Juana, viene á Madrid con el nombre fingido de don Gil de Albornoz á casarse con doña Ines de Mendoza. Doña Juana le sigue disfrazada de hombre y con el mismo nombre de don Gil. Doña Ines se enamora de ella; y á favor de esta pasion, de las cartas dirigidas á don Martin, y que pararon en su poder con un acaso, y de una falsa relacion que hace á doña Ines, presentandose á ella como una dama de Burgos burlada por don Martin, consigue desacreditarle con el padre de doña Ines, y ser tenida por el verdadero novio de esta. Juntanse á la puerta de doña Ines una noche cuatro galanes disfrazados que todos se dan á sí mismos el nombre del don Gil; y doña Juana prepara las cosas de tal manera, que todas las desgracias de aquel encuentro vie-

nen á recaer sobre don Martin, el cual no halla otro medio de escaparse de tantas persecuciones, que dar la mano á su antigua amante. Esta es la accion de la comedia, reducida á los incidentes principales de la intriga; pues seria proceder en infinito contar todas las escenas episódicas, que si agradan por una parte al espectador por la sal picante del diálogo y la belleza del lenguaje, le disgustan por otra, atendida la no tolerable inverosimilitud de los medios. El sobrenombre de las calzas verdes

« Que cielo son y no calzas, »

se repite fastidiosamente. No conocemos qué alusion podia tener en tiempo de Tirso de Molina; pero alguna debió de ser, cuando un escritor tan ingenioso le adoptó como un artificio cómico. En nuestros dias no hace reir sino por la estravagancia de la aprension.

*La Toquera vizcaina y Todo es enredos amor,* cuyas fábulas tienen mucha semejanza con la de don Gil, son mucho mejores en cuanto á la marcha y distribucion de los incidentes; pero es preciso confesar, que si Tirso es inferior á nuestros poetas cómicos antiguos en la disposicion dramática de la fábula, es superior á casi todos en la ma-

liciosa ingenuidad de su frase, y en sal y donayre natural de los pensamientos.

Esta comedia es de intriga: no hay en ella costumbres ni caracteres. Por tanto no tenemos bellezas dramáticas que presentar en ella, y tendremos que reducirnos á las de elocucion.

No ha habido en Madrid un solo versificador que ño haya hecho su epigrama al Manzanares y al puente de Segovia. Tirso pagó tributo á esta moda indispensable, y consignó su epigrama en esta comedia:

«Ya que nos traen tus pesares  
A que de (1) esta insigne puente  
Veas la humilde corriente  
Del enano Manzanares,  
Que por arenales rojos  
Corre, y se debe correr,  
Que en tal puente venga á ser  
Lágrima de tantos ojos, » ect.

Doña Juana al llegar á Madrid disfrazada de hombre, se encuentra con Carabanchel, personaje episódico, medio bobo, medio malicioso, el cual para ser re-

---

(1) *De por desde*: usado por los poetas.

cibido por criado del flagido don Gil, hace un cuadro satírico de los amos que había tenido antes. Aunque los retratos son largos y no todos de igual mérito, hay algunos rasgos muy ingeniosos.

« Un mes serví no cumplido  
A un médico muy barbado,  
Belfo, sin ser aleman,  
Guantes de ambar gorgoran,  
Cuello de felpa engomado,  
Muchos libros, poca ciencia;  
Pero no se me lograba  
El salario que me daba,  
Porque con poca conciencia  
Lo ganaba su merced.

Porque con cuatro aforismos,  
Dos testos, tres silogismos  
Curaba una calle entera.»

Describe prolijamente la vida del médico, empleada en visitar los *egrotos de Madrid*, comer y jugar á los *cientos* ó á la *polla*; y cuando á la noche quería estudiar algo le decía su muger:

«Acabad, señor,



Cobrado habeis harta fama,  
 Y demasiado sabeis  
 Para lo que aquí ganais:  
 Advertid, si así os cansais,  
 Que presto os consumireis.  
 Dad al diablo los Galenos  
 Si os han de hacer tanto daño:  
 ¿Qué importa al cabo del año  
 Veinte muertos mas ó menos? »

Concluye la descripcion de su médico  
 con el cuento sabido del que llevaba á gra-  
 nel las recetas y decia al enfermo, dan-  
 dote una:

«Dios te la depare buena;»

Espresion que ya es proverbial en  
 nuestro idioma.

Despues se acomodó con un abogado  
 que se estaba casi toda la mañana *enri-*  
*zando el vigotismo*, y engomando la barba.

Miren qué bien que saldrá  
 Un parecer engomado:  
 Serví luego á un clerigon  
 Un mes (y pienso que entero)  
 De lacayo y despensero:

Era un hombre de opinion,  
 Su bonetazo calado,  
 Juicio grave, carilleno,  
 Mula de veintidoseno,  
 Pero siempre el anca á un lado:  
 Hombre en fin, que nos mandaba  
 A pan y agua ayunar  
 Los viernes, por ahorrar  
 La pitanza que nos daba:  
 Y él comiendose un capon,  
 La conciencia con ensanchas,  
 Porque son siempre muy anchas  
 Las que teológicas son,  
 Quedándose con los dos  
 Alones cabeceando,  
 Decia al cielo mirando:  
 ; Ay ama! qué bueno es Dios.  
 Déjéle en fin, por no ver  
 Santo, que tan gordo y lleno,  
 Nunca á Dios llamaba bueno  
 Hasta despues de comer. »

Sirvió luego á un pelon que por la me-  
 nor falta le quitaba la racion; pero el criado

« Vendia sin redencion  
 La cebada que le hurtaba:  
 Con que racion llevaba

Y el rocin la *quitacion*. »

Diciéndole doña Juana que venia á pretender á la corte, le replica:

« ¿A pretender  
Entrais mozo? Saldreis viejo. »

En el segundo acto busca Carabanchel á su amo, y cuando le encuentra, dice:

« Un real de misas he dado  
A las ánimas por vos,  
Y á san Antonio otros dos,  
De lo perdido abogado.  
No quiero mas tentacion;  
Que me dais que sospechar  
Que sois duende ó familiar,  
Y temo á la Inquisicion. »

En el tercer acto, quejándose de que su amo, aunque le paga, no le manda, esclama:

« Quisiera yo servir á un amo  
Que me oleara cada instante, *ola*,  
*Carabanchel*, limpiadme estos zapatos;  
*Sabed como durmió doña Grimalda*:  
*Id al marques, que el alazan me preste*.

*Preguntad á Valdes (1) con qué comedia  
Ha de empezar mañana; y otras cosas,  
Con que se gasta el nombre de un lacayo.»*

Ultimamente, cuando oye decir que su amo es el alma de doña Juana, esclama:

« ¡Jesus! ¡Jesus! que he sido  
Lacayo de un alma en pena. »

En el género lírico hay un romance, en que se habla del amor y los celos en metáfora de un molino. Lo copiaremos aquí, porque no es indigno de la coleccion de Esquilache, y porque está en el gusto ingenioso de los árabes, á quienes debemos este género de versificación.

«Al molino del amor  
Alegre la niña va  
A moler sus esperanzas:  
Quiera Dios que vuelva en paz.  
En la rueda de los celos  
El amor muele su pan,  
Que desmenuzan la harina

---

(1) Célebre autor de compañías cómicas en tiempo de Felipe IV.

Y la sacan candeal.

Rio son sus pensamientos,

Que unos vienen y otros van;

Y apenas llegó á la orilla,

Cuando así escuchó cantar:

Borbollicos hacen las aguas (1)

Cuando ven á mi bien pasar:

Cantan, brincan, vuelan y corren

Entre conchas de coral.

Y los pájaros dejan sus nidos,

Y en las ramas del arrayán.

Vuelan, cruzan, saltan y pican

Torongil, murta y azahar.

Los bueyes de las sospechas

El río agotando van;

Que donde ellas se confirman,

Pocas esperanzas hay:

Y viendo que á falta de agua

Parado el molino está,

De esta suerte le pregunta

La niña que empieza á amar:

Molinico, ¿por qué no mueles?

Porque me beben el agua los bueyes (2).

(1) Este y los siguientes son de nueve sílabas, metro francés muy difícil de acomodar á nuestra poesía.

(2) Quevedo ha usado de estos dos versos para una alusión mas satírica é indecente.

Vió al amor lleno de harina ,  
Moliendo la libertad  
De las almas que atormenta ,  
Y así le cantó al pasar:  
Molinero sois amor ,  
Y sois moledor ,  
Si lo soy apartese ,  
Que le enharinaré. »

---